

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



Ví un desgraciado que se arrastraba penosamente con la cabeza puesta en una canga. (Pág. 274, col. 2).

## SUMARIO.

**VIAJES: UNA EXCURSION Á CHINA**, por M. Pablo Raymond.  
**EL PAJE FLOR-DE-MAYO**, por M. Ponsou du Terrail.  
**EL LAPIDARIO**, por Buenaventura Soulas.  
**FÓRMULAS: Enfermedades de las vías urinarias.**

## VIAJES.

### Una excursión á China.

POR M. PABLO RAYMOND.

(Continuacion.)

#### III.

En la China hay dos clases de posadas; las que dan hospedaje á los viajeros ordinarios y las destinadas para los empleados del gobierno, que tambien se llaman palacios municipales, y son unos edificios sostenidos á expensas de los pueblos que están obligados á proporcionar á los empleados viajeros todo lo que necesitan, leña, pan, vino, víveres, criados, etc. Los palacios municipales son por lo general lujosos; el que acabo de ver está rodeado de admirables jardines, y el primer sa-

lon en que he penetrado tiene el piso de madera de Sumatra, está sostenido por columnas, lo adornan sillones y sofás de bambú, y se ve en el centro una mesa hecha de la admirable laca cuyo secreto poseen únicamente los chinos.

¡Qué diferencia entre el palacio municipal y nuestra miserable posada donde ni siquiera hay un aposento con cristales! El único paraje un poco decente es la sala comun, pero está invadida por una multitud de chinos que fuman, gritan y gesticulan en rededor de una mesa á la cual en vano trato de acercarme. En China hay un medio excelente de abrirse paso, que consiste en ofrecer dinero á los que estorban, y con auxilio de algunas monedas distribuidas á derecha é izquierda llegué hasta la mesa.

Las pocas comodidades de la posada nos obligaron á ponernos en camino al asomar el dia. Al llegar cerca de una quinta ví un grupo de cinco individuos que llamó mi atencion. Todos sostenian sobre los hombros por medio de un bambú flexible una caja cuadrada cuyo peso parecia demasiado excesivo para no desear un momento de descanso.

—Hé aquí unos hombres bien extraños, dije á mi compañero de viaje, han llegado indudablemente á una estacion, pues veo que comen, y sin embargo no dejan su fardo en el suelo. ¿Tienen acaso miedo de que algun diestro ladron les escamotee la caja?

—Hé aquí lo que sois los franceses, me respondió, con vuestras erradas suposiciones. ¿No veis que esas gentes trasportan té á Canton, y que la principal cualidad de esa mercancía preciosa consiste en que ha de llegar á su destino sin haber tocado el suelo, cuya humedad le comunicaria defectos que la harian perder gran parte de su mérito?

—¿Y los pobres llegarán á Canton sin aliviar un solo instante sus hombros de un peso tan enorme?

—A excepcion de cuando viajan por agua en cuyo caso toman todas las precauciones para que el té no desmerezca.

A medida que nos internábamos, el país tomaba una fisonomía particular. Un suelo ligero de color rojizo, mezclado con fragmentos de roca, reemplazaba el terreno fértil y sólido por donde habíamos andado hasta entonces. Mi compañero me enseñó las primeras plantaciones de té en la falda de los montes. Habíamos llegado á la camarca del té negro y solo nos separaba una jornada de Woo-e-Shan.

Es un espectáculo gracioso el que presentan aquellos campos de verdes arbustos cuyos límites se pierden en el horizonte. Caminábamos por senderos abiertos en medio de aquellos bosques en miniatura, donde la vid es reemplazada por el arbusto del té, cuyo espeso follaje de verdor sombrío alegra el paisaje árido y monótono: algunas veces la monotonía degenera en tristeza cuando se atraviesa una

vasta extension de arbustos desnudos de sus hojas al lado de otros cubiertos de ellas, contraste que llama la atencion del viajero que ignora aun la causa. Siendo la misma hoja el objeto del cultivo, la arrancan continuamente para que broten otras nuevas, y como esta operacion perpetua no puede practicarse sin perjudicar al arbusto, los aldeanos chinos esperan que este último haya adquirido la fuerza y el vigor convenientes antes de dar principio á la recoleccion. Dos ó tres años bastan por lo general al arbusto para llegar á su desarrollo, y al cabo de doce años una plantacion queda por lo regular inservible y es preciso reemplazarla.

El arbusto del té se reproduce por medio de siembra. En los primeros dias de otoño se cogen las semillas que se colocan en una mezcla de arena y tierra en que se conservan hasta la primavera; entonces se siembra, y cuando empiezan á crecer se trasplantan, dejando entre cada arbusto un palmo de distancia. Las lluvias y el calor primaveral favorecen el desarrollo de las tiernas plantas.

El objeto de nuestro viaje á Woo-e-Shan era la compra de seiscientas cajas de té, y para reunir esta cantidad nos vemos obligados á recorrer las campiñas, aldeas, cabañas y templos, pues los sacerdotes se dedican con especialidad á la agricultura. Arreglado el precio, nos envian las hojas á Woo-e-Shan donde mi compañero, ayudado por cinco ó seis trabajadores muy expertos en esta tarea, pasa el dia en la ocupacion sobrado fastidiosa de elegir y clasificar los tés segun sus cualidades. Formanse en seguida cajas sobre las cuales se escribe el nombre de la cualidad que contienen y que es en cierto modo la marca de fábrica. Los mercaderes poco escrupulosos envian sus cajas sin designar la especie de té que contienen, y al llegar al punto de su destino, los negociantes á quienes van dirigidas les dan sin vacilar al nombre de la cualidad que mas casea cuando las reciben.

Voy á describir los medios empleados para la elaboracion del té verde. Los aldeanos llegan de las plantaciones, vacian sus cestas en un encañizado de bambú, y extienden las hojas con cuidado dejándolas expuestas una ó dos horas para que el sol y el aire les quiten toda la humedad. Entre tanto se encienden los hornos, y al llegar al grado de calor conveniente, se arroja en ellos la hoja que es movida con ligereza hasta que se oye un leve estallido, se levanta humo, se ennegrece la hoja y se reblandece. Al cabo de cinco minutos la sacan y la esparcen sobre la mesa para arrollarla.

Algunos trabajadores colocados en derredor de la mesa cogen con la mano tantas hojas como pueden abarcar y forman una especie de bola, y estrujadas como una masa, para extraer su humedad, estas bolas circulan de mano en mano hasta que llegan á un estado de sequedad conveniente. Se despliegan entonces las hojas y las colocan otra vez en el horno, de donde salen para sufrir una nueva amasadura. Al cabo de dos horas quedan definitivamente secas, y adquieren lo que constituye el mérito principal para los aficionados, es decir, el color verde. Resta no obstante la última operacion que consiste en echar el té, hacerlo pasar por cedazos de diversas dimensiones y finalmente clasificarlo.

El té verde y el té negro se cultivan del mismo modo y son absolutamente de la misma especie. La única diferencia procede de su elaboracion; la hoja destinada para té negro queda por mas tiempo expuesta sobre el encañizado que la del té verde; se necesitan al menos doce horas para esta primera operacion. En lo demás se procede lo mismo que para el té verde, con la diferencia de que antes de clasificarlo se enciende fuego y se coloca sobre él una cesta tubular estrecha por el medio y ancha por los dos extremos. Se introduce el cedazo en el cesto con una capa de hojas de una pulgada de grosor; despues de cinco ó seis minutos se quita esta capa y se la somete á una tercera amasadura, y vuelven otra vez las hojas al fuego donde toman el color negro. Entonces, despues de haber formado un hueco en el centro de las hojas que se cubren con una cesta plana, se dejan por

algun tiempo mas en el horno, bajo la vigilancia de un trabajador que las menea de vez en cuando para que penetre el calor por todos lados.

Los nombres que se dan en la China á las seis variedades de té son verdaderamente poéticos y aconsejamos á los mercaderes parisienses que los adopten en lugar de los ridículos nombres que emplean. Las seis variedades son el *té primaveral*, el *rocío de coral*, el *rocío blanco*, las *gotas de rocío*, los *capullos de plata* y el *té campestre*.

Esta mañana al salir de casa he presenciado un espectáculo tan repugnante como doloroso; á los pocos pasos he visto un desgraciado que se arrastraba penosamente con la cabeza puesta en una *canga*, nombre que se dá á un enorme pedazo de madera cuadrado y con una abertura en el centro por donde se pasa el cuello del paciente cuyos hombros sostienen un peso terrible. Es un suplicio en extremo cruel. Véase la sentencia escrita en un papel amarillo pegado en la *canga*; el desgraciado que tenia ante mis ojos estaba condenado á quince dias de suplicio por haber faltado al respeto á un mandarin. Me miró un instante y bajó despues al suelo sus ojos bañados en lágrimas. Un soldado estaba detrás de él de centinela y fumando con la mayor indiferencia.

El uso del tabaco solo se conoce en China desde la conquista. Los chinos se asombraban en un principio viendo á los tártaros comer humo, como ellos decian; algunos se aventuraron á imitarles, y al cabo de algunos años la moda se generalizó, de modo que en el dia no hay pueblo en el mundo que fume tanto como el chino. Por esta razon el cultivo del tabaco es uno de los ramos más importantes de la agricultura nacional, y como el cultivo es libre, no hay labrador que no tenga su plantel de tabaco.

Impulsado por mi natural curiosidad, divago por las calles sin que nadie sospeche que tiene en su presencia uno de esos demonios de Europa de que se habla tanto. Unicamente los perros me conocen; no puedo dar con ninguno de estos animales sin que al momento empiece á ladrar y á perseguirme; á pesar de mis esfuerzos para rechazarlos, se reúnen en tumulto indicando tal vez con su lenguaje la presencia de un intruso, y á veces vuelvo á casa escoltado por veinte ó treinta perros de que tengo que desembarazarme descargando sendos palos.

Los rebeldes, á pesar de sus progresos, no han penetrado aun en esta pacífica comarca del té, donde empiezan sin embargo á interesar sus excursiones. La *Gaceta de Pekin* anunciaba en el último correo que habian sido exterminados; pero como todos los dias repite la misma noticia hace seis meses, nadie hace ya caso. La *Gaceta* es el único periódico oficial de la China, y sale todos los dias en forma de volumen de ciento cincuenta páginas. El precio de la suscripcion es de doce pesetas por año. No puede darse ya mayor baratura.

El jefe de la redaccion de la *Gaceta de Pekin* es un mandarin de primera clase, y todo cuanto se publica se somete á la censura imperial.

Es preciso que sepa el lector que la palabra mandarin que usamos los europeos es absolutamente desconocida en China. Mandarin (el que manda) procede del verbo portugués *mandar*, y tal es sin duda la etimología de este barbarismo.

La calificacion genérica de los funcionarios chinos es *Kouang-Fou*, y hay nueve clases que se distinguen por la magnitud y la materia del glóbulo de forma oval que llevan en la punta de su gorro oficial.

- 1.<sup>a</sup> clase.—Glóbulo de coral liso.
- 2.<sup>a</sup>—Glóbulo de coral cincelado.
- 3.<sup>a</sup>—Glóbulo de piedra azul claro.
- 4.<sup>a</sup>—Glóbulo de piedra azul oscuro.
- 5.<sup>a</sup>—Glóbulo de cristal.
- 6.<sup>a</sup>—Glóbulo de piedra verde.
- 7.<sup>a</sup>—Glóbulo de cobre dorado.
- 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>—Glóbulo de cobre.

Cada clase se compone de kouans-fous en servicio ordinario y de kouans-fous en servicio extraordinario, pero el glóbulo es igual en ambas categorías.

Ya que de funcionarios hablamos, creo con-

veniente explicar el orden que se observa en la administracion general del imperio.

Dos consejos forman el gobierno y funcionan bajo la inspeccion del emperador; el primero despacha los negocios administrativos y el segundo se ocupa especialmente de los políticos. Hay además seis ministerios al frente de los cuales están colocados dos secretarios, uno chino y otro tártaro. Existe un empleado elevado que pertenece enteramente á la organizacion china, y es el censor universal, cuyo cargo consiste en vigilar á los demás empleados, incluso el emperador, que no está exento de las advertencias del censor universal.

La academia de los Han-Lin se compone de los graduados mas elevados de la clase de los letrados, y salen de su seno los oradores para las fiestas públicas y los inspectores que presiden los exámenes de los bachilleres en las provincias. Una comision de la academia está encargada de revisar las obras publicadas en nombre del gobierno, y otra redacta la historia del imperio para lo cual otra comision le proporciona todos los documentos necesarios.

Acostumbramos á almorzar todos los dias temprano para dedicarnos exclusivamente á nuestros negocios; pero hoy he encontrado á M. Stipple, cuyo apetito es siempre excelente, sentado de mal humor delante de una mesa vacía.

—Tengo que daros, amigo Hang-Tsee, una triste noticia.

—¿Qué sucede? le pregunté con inquietud.

—Me parece que hoy no almorzaremos.

—¿Por qué?

—Porque el cocinero y todos sus criados han partido.

—¿A dónde?

—A la guerra, amigo Hang-Tsee; van á aumentar el ejército belicoso que se dispone á exterminar por la vigésima vez á los rebeldes.

—Pero si el cocinero tiene ya mas de sesenta años y sus criados pasan de los cuarenta!

—No importa. Hábéis de saber que ayer llegó de la corte un teniente general encargado de inspeccionar todas las fuerzas disponibles en las provincias, y hoy se verifica una gran revista. El cocinero, que por lo regular pone un sustituto en estas solemnidades militares, ha conocido que se exponia en esta ocasion á algunos dias de *canga* si no se presentaba personalmente, y ha trocado la sarten por el arco ó el fusil. Resignémonos pues á los males de la guerra, amigo Hang-Tsee, y consolémonos por la falta del almuerzo.

—¿Dónde se pasa la revista?

—En la llanura situada al oriente de la ciudad.

—Tendria sumo gusto en presenciarla.

—Esperaba que vuestra curiosidad no desperdiciaria tan excelente ocasion, y aunque no deseo tanto como vos ver maniobrar á nuestro invencible cocinero, consiento en acompañaros á la revista.

Nos dirigimos á la llanura donde se alzaba en un extremo un tablado en cuyos ángulos se veian cuatro astas con sus banderas de variados colores.

Aunque un sol radiante inundaba el tablado colgaban por todos lados faroles encarnados, y el mandarin militar, rodeado de un numeroso estado mayor de jóvenes militares armados de sus correspondientes abanicos, estaba sentado bajo un inmenso quitasol y fumando en larga pipa. De pronto se estremecieron todos los abanicos y los formidables guerreros se taparon los oídos; el estampido de un cañon me explicó la causa de este movimiento.

Los instrumentos militares hicieron entonces un estruendo disorde y espantoso, y los soldados corrieron hácia sus banderas lanzando terrible clamoreo. Cuando se apaciguó este tumulto, principiaron las evoluciones. La primera fué una dispersion general del ejército, y cada soldado se entregó á una gimnástica enteramente individual, corriendo, saltando, desafiando á un enemigo ausente, descargándole terribles mandobles que solo herian el aire y arrojándole en el suelo mientras gritaba: victoria! victoria!

Dos oficiales agitaban una bandera encarnada para estimular el ardimiento de las tropas durante la batalla. Despues de estas manio-

bras del grueso del ejército, avanzaron dos compañías escogidas, armadas de fusiles que en vez de bayonetas llevan puñales, se descargan apoyándolos en el muslo, y se disparan por medio de una mecha encendida que una llave hace caer sobre el cebo. Los chinos manejan con destreza sus fusiles, pero no sucede lo mismo con la artillería. Los cañones no tienen mas cureña que los hombros de dos soldados: ya podeis figuraros cuál será la posición de estos infelices mientras se hace fuego. Aunque tengan cuidado de taparse los oídos, el servicio de los artilleros no es muy apetecible en la China, de modo que en las provincias donde hay camellos, estos animales hacen las veces de baterías.

M. Stipple me ha dicho que no he de juzgar del mérito del ejército chino por lo que acabo de ver en la revista, y que las tropas tártaras no carecen de valor y disciplina. El gobierno tiene cuidado de no fomentar la afición á las armas entre los pueblos vencidos, los chinos y los mongoles, y por el contrario hace todos los esfuerzos posibles para extinguir su espíritu belicoso. Esta táctica es comun á todos los conquistadores. Cien mil manchous forman toda la fuerza permanente del ejército imperial, y el ejército chino asciende en el papel á seiscientos mil hombres, pero ya hemos visto de qué gente se compone.

Después de la revista hubo gran representación en el teatro de la Boncería que está próxima al campo en que se habian verificado las evoluciones. Este convento es uno de los mas vastos y ricos que he visitado en la China. El jefe de los bonzos era un anciano astuto y fino que adivinó mi origen extranjero y me interrogaba sin cesar acerca de las costumbres, usos y religion de Occidente. Estas repetidas preguntas me dieron á conocer tan solo que habia sido conocido, porque el anciano sacerdote se guardó muy bien de decirme lo que yo añadio que no adverti en él ningun indicio de tener intencion de descubrirme. Los bonzos son los sacerdotes mas afortunados de la tierra: viven en comunidad en retiros deliciosos sin mas ocupacion que la de oficiar en las grandes festividades públicas, y pasan el resto del tiempo leyendo, paseándose por hermosos jardines y aplaudiendo en los teatros construidos al aire libre, bajo la sombra de los árboles en cuyas copas hallan los mejores asientos los que tienen la habilidad de encaramarse á ellos.

Acosados por el hambre, volvimos á la posada donde el héroe de la revista se habia transformado ya en pacífico cocinero, y al cabo de una hora nos sirvió un almuerzo que me hizo olvidar la representación de la Boncería á la cual sentí no haber asistido, aunque el teatro chino no sobrepasa por la variedad, pues siempre es igual el espectáculo.

Mientras estábamos almorzando, entró en el comedor un extraño personaje, jóven aun, pero que por su rostro marchito y arrugado y sus manos agitadas por un temblor nervioso se conocia á primera vista que era un fumador de opio. Aquel viajero era sin duda muy rico, porque le seguian numerosos criados, uno de los cuales llevaba una larga caja de madera de sándalo de forma extraña y parecida á un ataúd.

El criado la dejó en el suelo, la cubrió con una alfombra y el viajero se reclinó sobre ella con la espalda apoyada en blandas almohadas. Trajéronle la pipa, aspiró cinco ó seis veces su contenido, y quedó sumido en ese estado que los fumadores de opio llaman éxtasis.

—¿Cómo es que tu amo tiene la manía de dormir en una caja tan incómoda? pregunté á uno de sus criados.

—No es una caja, me respondió con gravedad, es un ataúd.

Añadió que su amo viajaba siempre con el ataúd al lado, que era su único mueble, el cual le servia de cama, sillón y hasta de palanquin, pues le trasladaban en ataúd de una ciudad á otra.

En el principio de este viaje hablé ya, aunque de paso, del papel principal que hace el ataúd en las preocupaciones de los chinos, para los cuales la mayor calamidad estriba en carecer de este mueble mortuario. Por esta razon existen numerosas asociaciones llamadas

*cofradías de ataúdes gratuitos*, y es muy comun oír á los mendigos al alargar la mano con ademán compungido: «Una limosna para mi ataúd!»

El pensamiento constante de la muerte, que para nosotros es un suplicio, no tiene nada de aterrador para los orientales en general y especialmente para los chinos; este pueblo está familiarizado con la imagen de la muerte, y por eso despliega una bárbara crueldad en los suplicios, pues los chinos no temen el morir sino los padecimientos.

Posteriormente he entrado en una casa de campo de las cercanías de la ciudad y he visto en el aposento principal dos ataúdes, el del padre y el de la madre, expuestos como objetos de lujo.

Las leyes imponen la pena de muerte á los que son sorprendidos fumando opio, pero no hay tribunal cuyos jueces no recurran á esta droga para distraerse del fastidio de sus sesiones. Se venden públicamente instrumentos para fumar que consisten en un tubo de bambú en cuyo extremo hay una bola que comunica por un agujero con la parte interior del tubo. El lujo de la pipa estriba en la bola que puede ser de oro, plata ó piedra preciosa. El fumador toma con la punta de un alfiler una partícula de opio de la magnitud de un guisante que calienta á la llama de una lamparilla hasta que adquiere la consistencia que se desea, y después de preparado, coloca el opio en el orificio de la bola que agujerea con el alfiler para ponerla en contacto con el tubo. Se aproxima la materia á la lámpara que la consume después de tres ó cuatro aspiraciones, y cuyo humo llena la boca del fumador, pasa por su garganta y se exhala lentamente por sus narices. Se repite la operacion hasta que produce el efecto que desea el fumador, el cual se coloca en una posición horizontal y apoyado, ya de un lado, ya de otro. Este modo de fumar acarrea dilaciones que los ricos evitan mandando á un criado que les tenga preparadas las pipas.

Ayer hicimos la última excursión á diferentes haciendas para vigilar los preparativos de nuestro cargamento de té. Al traernos algunas cajas arregladas vinimos por uno de esos canales de que hablan tanto los viajeros. Su construcción es indudablemente notable, pero es preciso confesar que su conservación deja mucho que desear. Nuestra barca se atascó durante media jornada tres veces, y siendo la última vez inútiles los esfuerzos de la tripulación para sacarla á flor de agua, hubo necesidad de pedir auxiliares en las cercanías, de donde acudieron algunos campesinos y empezaron á tirar la barca con cuerdas. No puedo explicar la impresion dolorosa que sentí al ver mujeres ancianas haciendo este trabajo de acémilas. La condicion de la mujer en China es parecida á la que tiene entre los salvajes. Ella es la que se encarga de los trabajos mas penosos, y es la criada y aun la esclava del hombre mas bien que su compañera. El nacimiento de una niña se considera como una desgracia en todas las familias, y apenas se ocupan de ella ni piensan en prestarle los primeros cuidados. Se ha dicho que los padres matan á sus hijas, pero no es exacto; los cadáveres de recién nacidos que se ven flotar en los rios no son producto de infanticidios, sino que como una gran parte de la población vive sobre el agua, los niños perecen víctimas de las desgracias que ocasiona este género de vida. Es verdad empero que la mujer no goza en la familia ninguna clase de consideracion; no come en la misma mesa que su marido, y es preciso que le sirva lo mismo que á su hijo mayor, y cuando enferma ó envejece, la reemplaza con otra que la impone con dureza su superioridad y la convierte en su esclava y juguete.

Salimos por fin del atolladero con el auxilio de los robustos brazos de los chinos y las chinas, y nuestro viaje se terminó felizmente entre dos paredes.

Es muy frecuente ver en las casas del país algunas inscripciones en alabanza del té en las paredes de la sala principal. He traducido dos: la primera se atribuye al mandarín Pung-Po que vivia algunos siglos antes de la era vulgar.

«Hé aquí lo que dicen los sabios:  
»Si quieres beber té, corre á la fuente cer-cana,  
»Llena el vaso ó el cántaro de agua y que hierva en un buen fuego;  
»Es una buena y antigua costumbre.  
»La mejor agua es la del monte;  
»Después la del rio;  
»Guárdate del agua del pozo.  
»Ten cuidado de que el agua hierva poco á poco;

»Que empiece por mostrar en la superficie ojitos de cangrejo y haga borbotones.

»Así lo han dicho los sabios.»

Siendo el té de un uso casi general en Francia, he creído oportuno comunicar á las amas de casa la receta de que se servian ya los sabios de la China cuatrocientos ó quinientos años antes de Jesucristo.

La segunda inscripción está destinada á celebrar las virtudes del té.

«Bebe té con moderacion.

»Es una bebida naturalmente fria, y cuando no se bebe con moderacion, produce debilidad, cansancio y abatimiento.

»Se mezcla en ella jengibre y sal para corregir este defecto.

»Es la planta por excelencia; cultivadla, y vuestra ganancia será enorme; bebedla, y sentireis como se aclaran vuestras ideas y se vivifica vuestra inteligencia.

»Los nobles la aprecian y ensalzan; los pobres no pueden pasar sin ella.

»Finalmente, todo el mundo usa diariamente el té, y cada vez es mas apreciado.»

Esta inscripción no tiene nombre de autor, pero se remonta como todas las inscripciones chinas á la mas remota antigüedad.

Los europeos ponemos azúcar en el té, y los chinos segun parece usan la sal en vez del azúcar. ¿Cómo hemos de llegar á ponernos de acuerdo con este pueblo si sus gustos son diametralmente opuestos á los nuestros? El té es bebida fria, dice la inscripción, y se ha de añadir jengibre. Esto dá razon á los que pretenden que unas gotas de ron no pueden perjudicar esta bebida.

Sin embargo, debo añadir que los actuales chinos no se conforman con los consejos de esta inscripción, y que nunca he visto poner sal ni jengibre en ninguna de las seis especies de té que usan en China.

Habiendo terminado los preparativos de nuestro cargamento, M. Stipple resolvió que regresáramos á Canton por el camino mas corto. Hicimos el viaje en palanquin, pues en China no se conoce otro medio de transporte. Sin embargo este modo de viajar permite ver el país detenidamente. ¿Queréis visitar una pagoda, un convento ó un edificio cualquiera? No teneis mas que dar la señal de parar con un silbido y hacer la visita. Los conductores descansan entre tanto.

(Se continuará.)

## EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion.)

Flor-de-Mayo tomó su capa, y guiado por el vizconde, atravesó los oscuros corredores y bajó las húmedas escaleras del sombrío edificio. El vizconde caminaba con paso seguro, como quien nada tiene que temer. Flor-de-Mayo no pensaba; marchaba al acaso como en un sueño. Su hermana acusada y deshonrada, ocupaba enteramente su espíritu. Venido por la cólera y la desesperacion, sentíase indiferente por su cautiverio, y olvidaba casi su amor. El vizconde le hizo bajar por una escalera, atravesar un estrecho portillo, junto al cual velaba sin cesar un carcelero, y corriendo unos pesados cerrojos, sintieron herido su rostro por un aire fresco. Encontrábase en un patio bastante parecido á un jardín triste, donde crecian débiles flores, y circuido de altos muros. Un hombre iba delante de ellos, gorra en mano, quien les condujo á un terraplen al cual se subia por una pequeña escalera. La puerta que se abria en este terraplen

no tenía cerrojos ni candados, y caía sobre un vestíbulo donde se paseaba un soldado con la partesana al hombro. Este soldado era Amapola.

—Camarada, dijo el hombre que les había precedido, hé aquí un preso que este caballero conduce ante el gobernador, por orden de M. Colbert. Os lo entrego. Después volviéndose hacia Flor-de-Mayo, añadió: Indudablemente se os va á poner en libertad; que Dios os bendiga! Y al decir estas palabras salió, cerrando tras sí la puerta.

—Silencio, por vuestra cabeza, dijo en voz baja el vizconde; la orden firmada por M. Colbert, y que nos sirvió para prender á Fouquet, me ha bastado para llegar hasta vos, y espero que sea suficiente para sacaros de la Bastilla; pero era preciso presentarse al gobernador, según regla invariable, y esta orden, que es suficiente para los subalternos, no bastaría para M. de Launay; por lo que he aguardado que Amapola estuviere de guardia aquí. Cuando el hombre que nos acaba de dejar haya entrado en la *Bertaudière*, Amapola saldrá delante de nosotros, como si para ello hubiese recibido orden de M. de Launay, y nos conducirá á la poterna. Pero si M. de Launay entra aquí, ó nos ve atravesar el jardín, somos perdidos los tres.

Amapola se había adelantado á paso de lobo hasta una puerta que comunicaba directamente con el gabinete del gobernador. Llegado allí escuchó con atención. Su corazón parecía quererle salir del pecho; tan fuertes eran sus latidos. Un movimiento de M. de Launay le hizo estremecer; pero después todo quedó en silencio. El vizconde miró por la ventana, é hizo una seña de que era tiempo de salir. Amapola se dirigió precipitadamente á un cofre, sacó de él una corta espada y se la ciñó á su amo. En seguida entraron en el jardín; Amapola iba delante con su alabarda, y seguía el vizconde con la orden en la mano y dando el brazo á Flor-de-Mayo. De este modo llegaron sin obstáculo hasta la poterna exterior; pero se necesitaba una orden firmada por M. de Launay para bajar el puente levadizo, por el que solo se podía pasar de uno en uno. El centinela estaba en una pequeña garita de piedra al extremo de la ronda, y se levantó negligentemente al ver llegar á dos hidalgos con la espada al lado y precedidos por un guardia del gobernador. Una sola ojeada le bastó á Amapola para asegurarse de que no se les seguía, y de un brinco se echó sobre el centinela tapándole la boca con un pañuelo, mientras que M. de Mailly le ataba fuertemente con su corbata y con el cinturón de su espada. Al mismo tiempo bajó Amapola el puente levadizo, que atravesaron con paso mesurado á causa de los centinelas que estaban en lo alto del terraplen. En la esquina de la calle de S. Antonio había un coche hacia el cual se dirigieron sin apresurar el paso, aunque recelando oír á cada momento un tiro de mosquete; pero todo salió á pedir de boca. Un lacayo sin librea abrió la portezuela y la volvió á cerrar tras ellos, emprendiendo el coche su carrera á escape.

Amapola se echó en los brazos de su amo: —¡Ah! señor, al fin estais libre!

Flor-de-Mayo le estrechó en ellos; pero el fiel servidor sintió desvanecerse su alegría al ver el aire triste de sus compañeros. Al cabo de veinte minutos, los caballos se detuvieron delante del palacio de la calle de S. Jacobo, preguntándose Amapola qué sombrío drama había pasado entre aquellos dos hombres que



De un brinco se echó sobre el centinela (Pág. 276 col. 1).

antes se amaban y ahora tenían una actitud hostil en presencia el uno del otro.

M. de Mailly entró en su casa sin haber cambiado una palabra con Flor-de-Mayo, á quien condujo á aquella sala de lugubre aspecto que caía al jardín, dejando á Amapola en la antecámara.

En seguida abrió una cajita, y sacando un paquete de cartas escogió una.

—Tomad, dijo; ¿conocéis la letra de Coronilla?

Y se la tendió.

Flor-de-Mayo la tomó temblando. Era una carta de amor que llevaba el sello de la mas violenta pasión, una de esas cartas que solo puede escribir una mujer cuya razón está extraviada, y á quien domina una pasión fatal.

Gruesas gotas de sudor caían de la frente de Flor-de-Mayo. Volvió y revolvió la carta entre sus manos, como un hombre que busca la clave de un enigma fatal; luego mirando el sobre que decía: «Al caballero del Vernais;» Flor-de-Mayo lanzó un grito de horror.

Entonces le alargó el vizconde otra carta. Esta llevaba la fecha de Génova y estaba concebida en estos términos:

«Caballero; cuando os presentasteis ayer en mi casa, no os encontrabais en estado de comprenderme. La carta que una fatal casualidad ha hecho caer en vuestras manos explica vuestra cólera. Habis querido un duelo; y yo no he podido hacer otra cosa que consentir en él. Ayer, cuando la herida que me hicisteis me impidió continuar el combate, declaré delante de vuestros testigos que nada había hecho que pudiese ofenderos. Hoy lo repito, porque es la verdad. Tal vez es mortal mi herida; pero, que muera ó que viva, sabed que soy incapaz de hacer traición á un amigo. Sé que no habéis querido volver á ver á Mme. de Mailly. Olvidadla; este es el único consejo que puede daros un amigo. Por lo que respecta á mí, os juro por mi honor que jamás la he amado. Abrigaba en mi alma una pasión que me impedía fijar en ella mis miradas. No puedo escribir mas; pero en nombre de vuestro sosiego, os ruego vengais á verme; es preci-

so, mientras que me queden fuerzas para hablaros.

DEL VERNAIS.»

—Cuando recibí esta carta, dijo M. de Mailly, estaba medio loco de dolor. Una terrible calentura se apoderó de mí, y durante muchas semanas se me creyó próximo á la muerte. Del Vernais, aunque herido, se instaló en mi casa, siendo la primera persona que ví al recobrar el conocimiento; se ignoraba nuestro desafío y la causa de su herida. Sus primeras palabras confirmaron las declaraciones de su carta. Mme. de Mailly le había amado, y se lo dejaba comprender escribiéndole esta vergonzosa y fatal carta. Su crimen y mi desventura no iban más lejos. ¿No era esto bastante para causar mi muerte? Ignoro si la frialdad de del Vernais ó sus consejos la iluminaron, ó si su conciencia se despertaría en el momento de olvidar sus deberes; pero supe positivamente que ella misma había suplicado á del Vernais que se fuese, y que este se disponía á verificarlo el mismo día en que le obligué á batirse... Ya lo sabéis todo, caballero...

El vizconde habló al fin con embarazo, pero contentándose para aparecer tranquilo. En este momento, sin embargo, abandonóle su firmeza, dejóse caer en un sillón, y ocultando su rostro entre las manos, viéronse sus lágrimas deslizarse por entre sus dedos.

Flor-de-Mayo le contemplaba inmóvil. Un confuso tropel de contrarias ideas se agitaban en su cerebro.

—Debo pareceros muy cobarde, dijo el vizconde poniéndose en pié. Pues bien! sí, la amo todavía! Momentos hay en que soy bastante loco para dudar del testimonio de mis ojos. Mi vida no es mas que un largo martirio... Le he escrito todas las noches cartas que no leerá jamás. Cada noche me arrodillo delante de su retrato, en ese pequeño pabellón del cual era la huésped misteriosa, y entonces olvido... y me parece que está todavía allí...

Al pronunciar estas palabras vióse obligado el vizconde á buscar un apoyo. Este hombre tenía el infierno en su corazón.

Semejante á un hombre herido por el rayo, Flor-de-Mayo le escuchaba inmóvil... y hubiérase dicho que oía la lectura de su sentencia de muerte.

Cerca de un cuarto de hora se pasó en silencio. El vizconde estaba absorto en su dolor, y Flor-de-Mayo hacia esfuerzos sobrehumanos para dominar el suyo y recobrar el imperio de su razón. Los hechos eran evidentes; y á pesar de todo, su amor por Coronilla y su odio por el del Vernais luchaban contra la evidencia. Abrióse bruscamente la puerta del gabinete y apareció Amapola.

—Perdeis un tiempo precioso, dijo. Vuestra fuga puede ser descubierta de un momento á otro, y por lo mismo es preciso que cuanto antes salgamos de París.

El vizconde no dió muestras de haber oído nada, pero Flor-de-Mayo pareció despertar de un sueño. Adelantóse con paso grave y como trasfigurado hacia M. de Mailly. Bajo el peso de los acontecimientos de la vida, aquel niño se había convertido en hombre en algunos minutos. Sacudió el brazo de M. de Mailly, quien se levantó estremeciéndose.

—Cambieemos nuestras capas, dijo, y reemplacemos nuestras espadas por cortos puñales. Haced que dos de vuestros criados suban á vuestra carroza, y que tomen el camino de Orleans. En el fondo de vuestro jardín hay una puerta excusada; salgamos por ella. Amapola nos esperará con los caballos en la calle de la *Barillerie*. Escribid una carta á la canonesa

diciéndole que partís para Orleans. Esta carta caerá en poder de la policía, y servirá para desorientarla. Pronto; bastará una palabra... Ahora, levantaos y partamos.

M. de Mailly se dejó conducir sin oposición. Los tres ginetes atravesaron al paso las calles más frecuentadas de París, y pasaron tranquilamente las barreras.

— Ahora al galope, dijo Flor-de-Mayo al verse en el campo. Los tres caballos partieron como el viento.

Flor-de-Mayo recordaba las palabras de la canonesa: « En vez de tomar el camino de Flandes, atravesad el bosque de Chantilly y no os detengais hasta llegar á una casita aislada en el lindero norte del bosque. » Poco tardó en ver al horizonte los primeros árboles. La llanura formaba declive hácia la izquierda formando un valle por encima del cual asomaban las chimeneas de una quinta rodeada de encinas y plátanos, y á la que se iba por un sendero poco frecuentado. Llegado Flor-de-Mayo al sitio donde el sendero cortaba en ángulo recto el camino real, apoyó su mano en el brazo de M. de Mailly que galopaba á su lado.

— Caballero, entrad en el monte tallar, dijo, y dad un poco de respiro á los caballos. Yo volveré aquí dentro de un cuarto de hora.

M. de Mailly pasó el foso sin contestar, seguido de Amapola, y Flor-de-Mayo se lanzó vivamente al sendero. Diez minutos después, su caballo se detenía delante de una verja que se abrió en seguida.



Y se dirigió hácia el jóven con los brazos abiertos. (Pág. 277, col. 1.)

### III.

EN DONDE SE HABLA DE LA CAJITA DE M. FOUQUET.

Al ruido de los pasos del caballo, abrióse una persiana del primer piso, en la que apareció una cabeza, oyéndose en seguida un grito de mujer...

El corazón de Flor-de-Mayo, aquel corazón en donde hacia una hora se anidaban la desesperación y el frío de la muerte, empezó á latir con violencia.

La señorita de Mailly bajó corriendo, y se dirigió al jóven con los brazos abiertos, exclamando:

— ¡Ah! salvo, libre por fin!

— Venid, venid, díjole tomándole ambas manos... venid, os he preparado una sorpresa, una satisfacción...

Flor-de-Mayo nada comprendía.

La canonesa se lo llevó, le hizo entrar en la quinta, condujole al primer piso y empujó una puerta, que se le presentó al paso.

Flor-de-Mayo lanzó un grito.

En un saloncito débilmente iluminado por

una lámpara cubierta con una pantalla, habia una mujer enlutada, triste y risueña á la vez...

Era Coronilla!

La hermana de Flor-de-Mayo corrió hácia este, pero el jóven retrocedió un paso diciéndole:

— Vos aquí, señora vizcondesa de Mailly!

— La vizcondesa de Mailly! exclamó la canonesa.

Y miró con ansiedad á Flor-de-Mayo, creyendo que se habia vuelto loco.

Entonces el jóven la miró á su vez, mientras Coronilla caía desfallecida en la silla que ocupaba un minuto antes.

— Sí, señora, dijo Flor-de-Mayo, esta mujer es mi hermana, y esta hermana está casada con el vizconde vuestro hermano.

La canonesa corrió hácia Coronilla, trémula y pálida como una estatua.

— ¿Es esto verdad? ¿es verdad? le preguntó.

— Sí, balbuceó Coronilla con voz casi imperceptible.

— ¿Y me lo habiais ocultado, hermana mia? exclamó la jóven estrechando á Coronilla entre sus brazos.

Coronilla no contestó.

La señorita de Mailly miró á Flor-de-Mayo. Este estaba en el dintel de la puerta inmóvil y sombrío.

Entonces dirigió sus ojos hácia Coronilla...

Esta temblaba como las hojas secas que el cierzo de otoño arrastra por el polvo después de arrancarlas de su tallo.

— Dios mio! murmuró, ¿qué sombrío misterio me habeis ambos ocultado? ¿Por qué vos, Flor-de-Mayo, á quien amo, vos que me amais y sois adorado por vuestra hermana, estais pálido y trastornado á su vista? ¿Por qué vos, señora, vos que habeis venido á mi casa para suplicarme que salvase á vuestro hermano...

— ¡Ah! exclamó la canonesa interrumpiéndose de repente, ahora adivino porqué no queriais que os viese el vizconde, ni que supiese vuestra estancia en París, y porqué habeis exigido que ignorase esta última cita que daba á Flor-de-Mayo.

La canonesa continuaba mirando alternativamente á los dos, y buscaba en vano la clave de aquel terrible enigma.

Por fin dió Flor-de-Mayo un paso hácia ella.

— Señora, dijo, olvidad que os he amado, olvidad vuestro amor... no podemos ni debemos volvernos á ver.

Y dirigiéndose á su hermana:

— Venid, le dijo, venid, seguidme, y vámonos tan léjos que perdamos hasta la memoria de lo pasado.

A estas últimas palabras Coronilla arrojó un grito, levantándose al mismo tiempo, y mirando á Flor-de-Mayo:

— ¡Ah! dijo, también tú.... también tú me condenas?

Y en el acento desesperado de aquella mujer, hubo como uno de esos gritos del alma que revelan la inocencia.

Aquel grito, aquellas palabras trastornaron á Flor-de-Mayo.

— Habla pues, exclamó, habla, hermana mia, defiéndete... discúlpate... dime que ese hombre es un miserable... un demonio...

— He jurado! murmuró quebrantada, he jurado sobre un crucifijo!

Flor-de-Mayo estaba loco de dolor.

La canonesa se acercó á Coronilla.

— Hermana mia, dijo alargándole la mano, ¿quieres darme un abrazo?

Coronilla se arrojó en sus brazos con un grito de agradecimiento.

— ¡Oh! si supieseis, dijo...

— Creo en vuestra inocencia. Sois mi hermana, dos veces mi hermana, añadió á su oído mientras la colmaba de caricias.

Por primera vez después de tantos años, un rayo de dicha iluminó los ojos de Coronilla, después volviéndose hácia su hermano que permanecía indeciso, batallando con su corazón y sus recuerdos:

—Hermanito, le dijo, perdono tu vacilación. He hecho todo lo posible para ocultarte este triste secreto; pero tal vez era preciso que te fuese revelado. Por hoy conténtate con mi palabra. Ante todo es preciso salvarte; y ¿quién sabe, añadió, si nos salvaremos juntos? He venido aquí, al lado de ese ángel, animada de una doble esperanza... Oh mi Flor-de-Mayo, ¡qué angustias he pasado desde que supe tu prisión! Nuestra amiga me ha recibido en esta casa solitaria; y es aquí donde lo hemos combinado todo para tu fuga. Gracias á ella te ves fuera de la Bastilla; pero no estás todavía en salvo. Ella, ella sola acabará su obra...

La canonesa quiso hablar; pero Coronilla la atrajo hácia su seno como á una niña, y tapándole la boca con la mano continuó:

—Quieres abandonarla, querido Flor-de-Mayo; quieres hacer este sacrificio á tu honor de hermano. Pero ¿no sabes que ha removido el mundo por tí durante estos quince días? ¿Ignoras que se ha hecho presentar en la corte; que se ha arrodillado á los piés del rey; que ha sitiado las antecámaras de M. Colbert sin curarse de su carácter brusco, sin desanimarse por su cólera; que ha derramado el oro á manos llenas para llegar hasta Pepe; que la he visto volver trémula de horror de los calabozos, quebrantada por sus correrías, por sus luchas y sus angustias, y renunciando solamente á una esperanza destruida para urdir un nuevo plan y empezar nuevas tentativas?...

Mientras Coronilla hablaba en estos términos con su voz dulce, Flor-de-Mayo se retorcia las manos sintiendo que su corazón se lanzaba hácia su amada. La canonesa se levantó.

—Todo será inútil, dijo, mientras no pongais en manos del rey las pruebas de la traición del superintendente. Vuestra libertad, vuestra rehabilitación dependen de ese pergamino. Escuchadme sin interrumpirme, dijo viendo que Flor-de-Mayo quería hablar.

Y bajando la vista, añadió con voz tierna: —Mañana pensaremos en nuestro amor.

Flor-de-Mayo fuera de sí cogió la mano de la joven y se la besó uniéndola á la de Coronilla.

—Caballero, dijo la canonesa, mas tarde os explicaré porqué del Vernais era depositario del acta de asociación entre los nobles bretones y M. Fouquet. He tenido que valirme del disimulo y de la astucia para adquirir esta certeza; que Dios me perdone! pero era preciso á cualquier precio. Por fin lo supe hasta la evidencia no sin haberme engañado muchas veces. Al salir del Vernais de la Bastilla...

—¡Cómo! dijo Flor-de-Mayo, ¿del Vernais está libre?

—Del Vernais, el abate Fouquet y Pepe. No habiendo pruebas legales contra ellos ha sido preciso soltarlos y hacer recaer toda la culpa sobre vos. El superintendente no ha querido volver á ver á del Vernais, quien se queja amargamente por todas partes de que despues de haberse sacrificado por él ha perdido su favor. Coronilla sospechó que esta desgracia era demasiado completa, demasiado poco motivada, y demasiado bruscamente reprochada para no ser fingida, por lo cual pasamos dos días enteros, tan pronto en el fondo de un coche, como paseándonos disfrazadas por los alrededores del palacio del caballero, para cerciorarnos de si entraba algun enviado del superintendente. Una noche vimos que su litera se ponía en marcha con todo sigilo; esto era ya un indicio; pues no permitiéndole sus heridas moverse aun de su cama, se hizo colocar sobre colchones. Mandamos al cochero que le siguiese, pero notándolo él cambió muchas veces de dirección para hacernos perder la pista. Por fin, salimos de París por el camino que sigue á lo largo del Sena para ir á Versailles. Hacia media legua que andábamos por el campo cuando un hombre de su escolta vuelve grupas, se arroja sobre nuestros caballos y nos mata uno de un pistoletazo. Nosotras solo llevábamos á Amapola que hacia las veces de cochero; hasta dos días despues no entró en la Bastilla; nos quedaba un caballo: montado, le dije, y no volvais sin saber á donde se dirige el caballero.

—Y vosotras ¿qué hicisteis? preguntó Flor-de-Mayo.

—¡Oh! dijo Coronilla, yo estaba medio muerta de miedo; pero la canonesa se mantuvo intrépida como un capitán acostumbrado al fuego.

—Amapola, dijo la canonesa, siguió al caballero hasta Besons, en donde tiene una propiedad, y entró con él, ignorando por qué medio ha concluido por verle una y otra vez, pues despues ha ido todos los días. Vió sacar una cajita de la litera que desapareció en seguida; pero supo por Antonio, el ayuda de cámara del caballero, que era un depósito precioso que habian traído con misterio al palacio del caballero, en París, la noche anterior. Esto era un rayo de luz. Hemos prodigado el oro á la servidumbre que quedó en palacio, y uno de los criados ha confesado que un confidente de M. Fouquet fué disfrazado, durante la noche, á llevar una cajita á M. del Vernais. Ahora, señor de Chastenay, ireis á Besons. Todas mis esperanzas se fundan en los misteriosos recursos de Amapola. ¡Ojalá fuese yo hombre para seguirlos! pero he concluido ya mi papel, y solo me resta rogar por vos.

—Yo te sigo, hermano mio, dijo Coronilla... No me digas nada; no es una hermana alarmada la que se pega á los pasos de su hermano. Nuestros destinos se decidirán esta noche...

Y como hablando consigo misma añadió:

—Es preciso que del Vernais me libre de mi juramento ó que yo muera.

Flor-de-Mayo tembló á estas palabras; pero no despegó los labios. Solamente la canonesa pareció combatir el deseo de Coronilla.

—¿Podreis sin riesgo ir á casa de del Vernais, dijo, vos que ni siquiera podeis oír su nombre sin estremeceros?...

—Y sin embargo no es á del Vernais á quien temo mas en este momento, respondió Coronilla llevando su mano al corazón para contener sus latidos; ¿os ha acompañado M. de Mailly y Amapola? añadió. No importa; la suerte está echada! Dame mi máscara y abrázame, hermana mia, dijo con extraña energía; partamos, Flor-de-Mayo. Sobre todo, añadió tendiéndole la mano, que M. de Mailly no sepa... en el último momento me descubriré. Que Dios tenga piedad de mí! partamos!

Flor-de-Mayo la siguió sin contestar... Mientras que la canonesa se postraba de rodillas, orando, el vizconde seguía á Flor-de-Mayo y á aquella mujer enmascarada, sin proferir una palabra, como un hombre indiferente á todo.

Flor-de-Mayo emprendió la marcha llevando á Coronilla al lado; el vizconde y Amapola montaron sus caballos, partiendo al galope detrás de ellos.

(Se continuará.)

## EL LAPIDARIO,

POR BUENAVENTURA SOULAS.

### I.

La ciudad de Brujas presentaba á fines del siglo XV un conjunto bastante original: las calles estrechas, las casas elevadas y la mayor parte de madera pintada de variados colores, los tejados pendientes, adornados de torrecillas y veletas, las plazas con árboles copudos, los frescos canales por donde corria agua copiosa y cristalina, y una población alegre, satisfecha, bebiendo cerveza en verdes toneles y bailando al son de la zampoña una de esas danzas que Teniers nos ha descrito con gracia y naturalidad; todo convertía á aquella ciudad en un centro agradable para el viajero.

Brujas se habia convertido en otra Atenas, medio artística, medio sabia y especialmente comercial con los sabios que la ilustraban, la larga permanencia de los reyes y príncipes de la época, su comercio que se extendía por Francia y Alemania, sus industrias que comprendían todos los artefactos conocidos y sus ferias á donde acudían mercaderes de todos los países.

En una de las calles principales vivía maese Abraham Miller, joyero reputado por su habili-

dad en elaborar el oro y la plata. Los transeuntes se extasiaban contemplando las riquezas expuestas en los mostradores de su tienda, que visitaban continuamente con miradas, pensamientos y suspiros de codicia. Unos se recreaban mirando las copas cinceladas con buen gusto, porque maese Miller habia sido uno de los primeros en estudiar y seguir el movimiento impreso á las artes por el Renacimiento, y otros pasaban horas enteras admirando las custodias con sus rayos, las lámparas, los incensarios y los viriles adornados de piedras preciosas.

Decíase que el joyero poseía inmensas riquezas, pero Miller probaba lo contrario en todos los actos de su vida con sus palabras y trajes modestos.

Miller distinguía entre sus numerosos artifices á Luis de Berquen que era superior á todos los demás por su carácter, inteligencia y laboriosidad; apenas contaba veinte años y estaba adornado ya con todas las gracias de la juventud; sus negros y rizados cabellos caían sobre sus hombros cubriendo una gran parte de su jubón de terciopelo negro; finos bigotes levantados sombreaban sus labios rosados, y sus ojos azules daban á su fisonomía una tersa pureza parecida al agua de fuente puesta en una copa de cristal de Bohemia. Por sus distinguidos ademanes y su lenguaje exento de expresión baja y trivial era fácil adivinar á primera vista una elevada alcurnia. Si; Luis de Berquen, como lo indica su nombre, pertenecía á una noble familia; pero en las últimas guerras de Alemania sus antepasados habian perdido su patrimonio por derecho de conquista, y no pudieron legar á su último descendiente mas que un nombre ilustre. Luis de Berquen abandonó la espada de caballero por el martillo del platero sin vergüenza ni pesar, y no admiraba en casa del joyero las perlas, los diamantes ni el oro, sino dos ojos negros, una boca risueña, entreabierta como un capullo de rosa, un cuello de una blancura de cisne, una cintura balanceándose como el tallo de una flor al soplo del viento, cabellos rubios como la espiga que amarillean los rayos del sol de julio y dos pequeñas y preciosas manos.

Era Margarita Miller.

Afable, algo tímida, inteligente y de una sencillez infantil é inocencia de ángel, era la mas hermosa de las jóvenes de su edad; poseía todas las perfecciones que constituyen el encanto de su sexo; bordaba admirablemente, y cuando cantaba, los pajarillos de los árboles del jardín callaban para escuchar y como para imitarla. Nunca la casualidad reunió dos criaturas tan dignas una de otra, de modo que fácilmente se adivinará que no tardarian en amarse. Poned dos tortolillas en una misma jaula, y pronto las vereis besarse y acariciarse á porfía.

Así sucedió con los dos jóvenes.

Al principio Luis y Margarita no repararon en su pasión; empezaron con una estimación recíproca que se trocó en simpatía; Luis no se atrevía á mirar á Margarita, y sin embargo padecía cuando se ausentaba algunos minutos, y Margarita no se atrevía á dirigir sus miradas hácia Luis, y sin embargo su corazón palpitaba penosamente cuando á las horas de comer salía de los talleres.

Luis suspendía su trabajo cuando Margarita cantaba, y ella dejaba la aguja cuando Luis iba á hablarla. En medio de su inocencia, ni uno ni otro sabían cuál era el estado de su corazón, pero concian que les seria imposible vivir en adelante separados.

Margarita era aficionada á la lectura lo mismo que Luis. Por las noches, despues de terminado el trabajo, el joven acostumbraba tomar un libro y leía en voz alta. Margarita, fascinada por un acento tan dulce para ella, se acercaba poco á poco bajo el mismo encanto que nos atrae hácia todo lo que tiene eco en nuestra alma, y sin advertirlo, se hallaba muy pronto al lado del gallardo lector con la barba apoyada en su hombro, mezclando sus cabellos con los de Luis y su aliento con el aliento de su amante. Y todas las noches vivían aquella vida comun, sintiendo las mismas desgracias, riendo por las mismas alegrías y contentos cuando los héroes de sus li-

bros salían vencedores de las enemigas asechanzas.

Un día, estando Luis leyendo la historia de la *Hermosa Maguelona* y de *Pedro de Provenza*, interrumpió inadvertidamente su lectura y los dos jóvenes quedaron sumidos en profundas meditaciones. Margarita creía haber oído su propia historia al escuchar la de la *Hermosa Maguelona*; y Luis se había identificado con Pedro de Provenza. De este modo supieron por vez primera el nombre del sentimiento que mutuamente se inspiraban. Este nombre era: Amor.

## II.

Una mañana, antes de llegar los demás trabajadores, Luis de Berquen entró en el taller, y se presentó á maese Abraham que se levantaba al amanecer y estaba sentado delante de un cofrecillo lleno de equis de oro.

—Maestro, le dijo el joven profundamente conmovido, perdonad si os incomodo.

—¡Ah! ¿eres tú, Luis? dijo el joyero volviendo la cabeza: ¿cómo es que vienes tan temprano? Buenos días! si tienes algo que pedirme, habla sin temor.

—Lo que voy á decir os es muy importante para mí, y he vacilado mucho tiempo antes de venir á hablaros, respondió Luis.

—Has hecho mal, hijo mio, dijo maese Abraham interrumpiéndole. Si en efecto es muy grave lo que tienes que decirme, razon de mas para hablarme antes. Te repito que te expliques como si estuvieras delante de tu padre.

—Vuestras palabras me animan, añadió Luis... Señor, ocho años hace que trabajo en vuestro taller, y habeis tenido tiempo para conocerme y ver de lo que soy capaz.

Al oír estas palabras el joyero tomó las manos de Luis y le dijo:

—Respecto á eso solo tengo motivos de alabanza, y confieso que raras veces he tenido ocasion de hablar como lo hago contigo con los jóvenes que han trabajado en mis talleres; tu conducta es bajo todos conceptos excelente; eres activo, laborioso y humilde; he seguido tus consejos siempre que de ellos he necesitado y siempre me han dado felices resultados. Hé aquí la opinion que me mereces, pero no te ruborices como una niña. Continúa siendo lo que has sido, y verás cuán pronto sé distinguir el verdadero mérito.

—Gracias, maestro, respondió Luis con efusion; recordaré toda mi vida vuestras palabras, porque juzgo que la mas bella y digna recompensa de un trabajador consiste en el aprecio de sus amos.

Después añadió con turbacion:

—A mi pesar habeis sabido á qué familia pertenezco y quiénes fueron mis antepasados...

—La familia de Berquen, dijo Miller interrumpiéndole, es una de las mas ilustres del país; de ella han salido venerables hombres de bien, populares administradores, hábiles diplomáticos, guerreros ilustres, marinos valientes y leales á su patria y sabios célebres en toda Europa; ha enriquecido al país con útiles monumentos, palacios magníficos y notables galerías donde se admiran las obras maestras de nuestros artistas; y existe además en tu familia una cosa mas heroica que las luchas y las guerras en que brillan el valor y el patriotismo de tus antepasados, y es la dignidad con que tu padre, tu hermano y tú habeis sobrellevado la desgracia. Arruinados por la adversa fortuna, habeis recurrido sin avergonzaros al trabajo, y para tal resignacion es preciso abrigar una alma muy grande. ¡Cuántos hay que son los primeros en volar al combate, conquistar la gloria y llevar á cabo proezas dignas de los antiguos héroes, y no tendrían valor, si la fatalidad lo exigiese, para tomar el instrumento del artesano y ganarse el sustento con el sudor de su frente!

Luis de Berquen creyó al oír estas palabras en el feliz éxito de la peticion que iba á hacer á maese Abraham, y confesó sin rodeo aunque tímidamente que el objeto de su venida era el amor á Margarita y que deseaba casarse con ella.

Apenas Luis de Berquen explicó su peticion, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y esperó

temblando y en la humilde actitud de un reo el fallo de Miller.

Este creyó en un principio haber entendido mal, y tenia razon en dudar, porque las palabras del joven eran confusas y entrecortadas por la emocion; pero viendo el temor y la palidez de Luis, no tardó en convencerse y hallarse en la mayor perplejidad ó al menos en el mayor embarazo. Segun lo que acababa de decir acerca de la conducta de Luis y despues de poner en las nubes la nobleza de su familia, érale imposible negarse, y sin embargo, cualquiera que hubiera conocido á maese Abraham hubiese juzgado inconsiderada la pretension del joven, porque el rico joyero allegaba á un elevado talento en su arte una excesiva avaricia, de modo que la ilustre cuna de su obrero le importaba muy poco y no era la circunstancia principal que exigia á su yerno.

La inesperada peticion de Luis turbó momentáneamente á su maestro, pero pronto volvió á tomar su ademan habitual, y con auxilio de frases cariñosas, ofertas y halagos, aconsejó á Luis de Berquen que aspirase á un enlace mas distinguido, añadiendo que la alianza con la familia de Berquen le honraria infinito, pero que solo podia ser desventajosa para un Berquen pues le haria perder el aprecio de los suyos.

Llegaron en aquel instante los trabajadores y principiaron sus diarias tareas. Luis tuvo que retirarse, y al dirigirse á su taller, encontró á Margarita que le esperaba, advertida desde el día anterior por su amante. Al verle pálido y triste, lo adivinó todo; pero no atreviéndose á preguntarle, le tomó una de sus manos frias como la muerte, y se la estrechó con fuerza como si le dijera: Valor!

## III.

Dos meses despues del día en que Luis de Berquen viera desvanecerse todas sus esperanzas, la ciudad de Brujas presentaba una extraordinaria animacion. Las ventanas estaban adornadas con colgaduras, los habitantes con sus trajes de fiesta inundaban las calles; las campanas daban al viento sus metálicos ecos; los cantos y carcajadas de los bebedores se mezclaban con el retintín de vasos y botellas; bailábase en las plazas públicas, y todo, hasta el sol derramando torrentes de luz indicaba un día de regocijo general. Cualquiera que hubiera querido averiguar la causa de esta animacion, con solo prestar el oído á los *vivas* de la multitud, hubiese sabido que la fiesta se hacia para obsequiar la llegada del duque Carlos el Temerario.

Este príncipe, amado particularmente de los habitantes de Brujas, amaba tambien á su ciudad, y se complacia en fijar en ella frecuentemente su residencia. En la época en que pasa esta historia el duque Carlos poseía el prestigio con que el pueblo se complace en rodear á sus soberanos. Contábase con este motivo una multitud de anécdotas ingeniosas, llenas de generosidad y valor. El duque excitaba el interés de toda Europa con sus hazafias y su fortuna; dotado de energía y audacia, habia entendido atrevidas conquistas, y aunque no siempre le sonrió la victoria, en ninguna empresa se empañó su honor.

Sus gustos modestos, su lenguaje franco y sus trajes sencillos le granjearon la simpatía de los pueblos frugales, quietos y laboriosos del Norte.

Abraham Miller no tomaba parte en los festejos, porque se lo imposibilitaba un trabajo apremiante: estaba ocupado en cincelar una copa de plata, cuando vió pararse delante de la puerta y entrar en su casa, despues de bajar del caballo, dos jóvenes de la servidumbre del duque Carlos.

Uno de los caballeros entregó al platero una carta con el sello ducal que mandaba á maese Miller que se presentase en el palacio de Carlos el Temerario.

Lleno de inquietud al recibir el inesperado mandato, se puso inmediatamente su traje de día de fiesta, y se dirigió apresuradamente al palacio del príncipe recordando el adagio que repetía su padre: Al rey vale mas verle de lejos que de cerca.

El duque le esperaba sentado delante de la mesa, y teniendo un objeto informe en la mano.

—Maese Abraham, dijo sin preámbulo el duque, ¿sabeis como se llama lo que tengo en la mano?

—Es un diamante, y si la vista no me engaña, uno de los mayores que he visto en las ferias de Brujas y de Gante.

—Lo heredé de mi padre Felipe el Bueno, añadió el duque, y por esta razon es para mí muy precioso. Pero no estoy contento de su forma irregular, y aunque sé que es empresa difícil, quisiera que te encargases de pulimentarlo, darle todo su brillo y aumentar su belleza. Te he llamado porque me han dicho que tú solo eres capaz de satisfacer mi deseo.

Abraham Miller se quedó algunos momentos silencioso no sabiendo á qué resolverse, pero al fin respondió:

—Creo, como decís con frecuencia, príncipe, que nada para el hombre es imposible, pero hago una excepcion para el diamante, y pienso que siendo producto del fuego subterráneo, solo puede elaborarse con auxilio de un fuego semejante, de modo que no habiendo podido obtener ningun mortal un calor tan intenso...

—Sé que se han hecho muchas tentativas y que se han dado muchas razones para explicar el mal éxito, pero insisto á pesar de todo, dijo el duque interrumpiéndole. Toma este diamante y no vuelvas á verme hasta que hayas conseguido labrarle. Pídeme entonces todo cuanto quieras y serás dignamente recompensado.

Carlos el Temerario se levantó al decir estas palabras y mandó á Abraham con un ademan que se retirase.

## IV.

¿Has leído alguna vez, ó lector, en tu infancia la historia de Tántalo hijo de Júpiter atado á un árbol, viendo pasar por delante de él sin poder tocarlos los platos inventados por los Lúculos delicados y los Trimalciones depravados del Bajo Imperio? ¿Le habeis visto aspirando como una máquina neumática, esforzarse en atraer al menos al paso los guisados portentosos cuya fragancia dilata sus narices y cuya vista inflama sus ojos? ¿Le habeis visto con los dedos crispados, erizados los cabellos y la respiracion anhelosa?

En el mismo estado se hallaba Abraham Miller al volver del palacio del duque cuando entró en su taller y se sentó en un ancho sillón.

Tenia delante de sus ojos una inmensa fortuna que no podia tocar el nuevo Tántalo.

Viendo Margarita su abatimiento corrió á abrazarle y con dulce voz le preguntó la causa de su tristeza. Luis se acercó y tambien se esforzó en alentar á su maestro. Miller contó á los dos jóvenes su entrevista con Carlos el Temerario, les explicó cuan cariñosamente le habia recibido el duque, su extraña proposicion de labrar el diamante y finalmente sus régias promesas... Con la proposicion del duque acababan de entrar en casa del joyero los disgustos, los insomnios y la tristeza. Abraham Miller se sentia abatido bajo el peso de su terrible situacion, pasaba dias enteros con la cabeza apoyada en las manos, sin hablar á nadie, sin hacer caso de las observaciones y olvidando su taller y sus negocios.

Luis de Berquen estaba tambien pensativo y triste, descuidaba el trabajo y yacia abismado en la misma meditacion. La desgraciada Margarita no viendo ningun rostro risueño, atribuía la tristeza de su amante á la negativa de su padre, pero se engañaba, porque si este golpe habia abatido momentáneamente al joven, en aquel instante olvidaba su alma la conducta injusta de su maestro, y corría en pos de una idea de la cual dependia su vida, su porvenir, su felicidad y su amor.

En efecto, desde el día que Luis de Berquen oyó contar á su maestro la proposicion del duque, dijo para sí:—Yo hallaré el secreto de labrar el diamante, y Margarita será mi esposa... ó moriré.

Ensayaba mil medios cuando terminado el trabajo entraba por la noche en su cuarto y se



Tomó una de sus manos y se la estrechó con fuerza. (Pág. 279, col. 2).

sentaba delante de una mesa en la cual se veían pequeños diamantes. Servíase del acero, pero el metal resbalaba y no llegaba á rayar la piedra preciosa, y ensayó una agua maravillosa que un alquimista de Gante habia descubierto en aquella sazón y de la cual se contaban efectos prodigiosos, pues según la fama pública fundia los metales, quemaba las piedras y en condiciones convenientes ayudaba á formar la piedra filosofal. Luis se proporcionó esta agua, extendió una gruesa capa sobre el diamante y esperó infructuosamente una semana. Echó mano del fuego, pero el soplete al aumentar la llama, que bañaba por todas partes la piedra preciosa, la dejaba intacta.

Abraham Miller ensayaba también mil medios con tanto afán como el joven, porque á ambos les impulsaba la misma pasión, el amor, pero al mismo tiempo que en el uno esta pasión tenía un no sé qué de bajo y sordido, en el otro estaba por el contrario elevada, purificada por la lealtad, la nobleza, la juventud, la hermosura y el corazón.

Luis habia apurado todos sus ensayos, y estaba á punto de renunciar á su empresa, cuando un sencillo raciocinio le indujo á emprender el verdadero camino.

Cuentan que hallándose Newton recostado debajo de un árbol y viendo caer una manzana, se preguntó la causa de aquella caída, y que habiéndola explicado por medio de la atracción, desenvolvió en seguida este principio, demostró la atracción de la tierra y de la luna, y formuló su precioso tratado de la gravitación universal.

Luis de Berquen se valió del mismo raciocinio dos siglos antes que el célebre filósofo inglés y dijo para sí: Si se trabaja el hierro con el hierro, ¿por qué no ha de ser lo mismo con el diamante?

Y dejando su tarea, corrió precipitadamente á su cuarto, tomó dos restos de diamante y empezó á frotar un pedazo con otro. Un polvo blanquecino cubrió los dos diamantes; separó el polvo y distinguió algunas partes rayadas. Y con tardo aliento y bañado en sudor continuó su obra y no tardó en ver brillar entre sus dedos uno de los lados del diamante mas voluminoso.

## V.

Luis de Berquen hablaba aquella noche en voz baja con Margarita Miller; le contaba sus investigaciones, sus tentativas, sus esperanzas sostenidas por el amor, y finalmente su feliz descubrimiento. La joven lloraba al oír á su amante, y se reprendía á sí propia por no haber adivinado la causa del pesar y la palidez de Luis.

—Margarita! querida Margarita! seremos venturosos! exclamaba Luis estrechando las manos de la hija de Miller.

Y los dos jóvenes se juraron un amor eterno. En aquel instante Abraham Miller salía del taller y se dirigía á su aposento; pero al pasar por delante de su hija, Luis de Berquen le detuvo con la impaciencia de la felicidad diciéndole:

—Maestro, ¿á qué altura os hallais de vuestros ensayos?

—¡Ah! amigo mío, respondió con un hondo suspiro el joyero, he perdido la esperanza.

—Nunca debe desesperarse; así lo decís vos mismo con frecuencia.

—Nada espero ya, añadió el joyero; esta noche columbraba aun una débil luz, pero se ha extinguido. ¡Maldito sea el duque y su proposición! Huye de mis ojos el sueño, y perseguido por una misma idea, me siento desfallecer.

El rostro del anciano tenia un aspecto de abatimiento y de desesperación.

—Maestro, continuó Luis de Berquen, supongamos que alguno mas feliz que vos, no digo mas inteligente, hubiera hallado lo que buscáis hace tanto tiempo...

—Tu suposición es imposible, hijo mío; lo que yo no he descubierto, ningun otro lo descubrirá, dijo Miller con orgullo artístico.

—Soy el primero, añadió el joven, en reconocer vuestro saber, pero la casualidad es tan caprichosa que á veces concede á un imbécil el fruto de las investigaciones profundas de muchos sabios. Suponiendo pues que otro mas feliz hubiese hecho este descubrimiento, y que viniera á proponérselo en cambio de una cantidad dada, ¿cuánto le ofreceríais?

—Le ofrecería, dijo el joyero, mas de lo que valdría... mil escudos.

—¿Y si pedía mas?

—Le daría dos mil.  
—¿Y si esa cantidad le pareciese mezquina?  
—Le ofrecería diez mil.  
—¿Y si aun no estaba contento?  
—Llegaría hasta veinte, treinta, cincuenta, cien mil escudos.  
—¿Y si rehusaba los cien mil escudos?  
—No podría darle mas, porque es toda mi fortuna.

—¿Y si os engañais, y si ese desconocido viera en vuestros talleres un objeto bastante precioso para él? añadió Luis de Berquen mirando á Margarita, pálida y trémula de emoción.

Maese Abraham que empezaba á creer posible la suposición de Luis, respondió:

—Le diría: « todo es vuestro; elegid y tomad.»

—Pues bien, yo soy el desconocido que os hace la proposición, yo he descubierto el arte de labrar el diamante, y el objeto mas precioso para mí de vuestro taller es vuestra hija.

Abraham Miller se resistía á dar crédito á lo que oía, pero cuando Luis le convenció haciendo brillar á sus ojos el diamante que habia abriantado, le abrazó, y tomando la mano de su hija, la enlazó con la del joven.

Pocos dias despues Abraham llevó al duque el diamante labrado por Luis de Berquen, y Carlos el Temerario quedó deslumbrado con los mil rayos que despedía la piedra preciosa.

Nombró á Miller su joyero particular, y Luis de Berquen vivió feliz con Margarita Miller uniendo su nombre á un descubrimiento que nuestro siglo ha sabido perfeccionar sacando inmensas ventajas.

## FÓRMULAS.

*Enfermedades de las vías urinarias.*

Acaba de descubrirse en la isla de Madera un remedio que dicen es infalible para todas las enfermedades de las vías urinarias. Es simplemente una infusión, como la del té, hecha con los filamentos secos del maíz. Esta infusión se deja enfriar, y se toman de ella dos vasos, uno por la mañana y otro por la tarde. Dos ensayos hechos en Londres han tenido un éxito completo. Una mujer que hacia veinte años estaba padeciendo de mal de piedra ha sido poco há curada radicalmente por este método.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.